

Crezcamos en la unidad (3/4)

Dr. Justo L. González



Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo) en Puerto Rico
2020

Crezcamos en la unidad (3 de 4)

Esta tercera presentación tiene algunas características particulares que me la hacen a la vez más fácil y más difícil. Empecemos por lo difícil. En primer lugar, el tema se parece mucho al de la presentación anterior. La relación entre el amor y la unidad es tal que es casi imposible separar una cosa de la otra. Luego, parte de la dificultad que he tenido al pensar lo que debería discutir aquí esta tarde está en la necesidad de distinguir entre esto y lo que dijimos antes. El otro elemento que me lo hace un poco difícil es que las otras presentaciones tienen lugar ante la asamblea en pleno, mientras que esta se dirige únicamente al cuerpo ministerial. Entiendo las razones por las cuales el horario de la Convención requiere esto. Pero al mismo tiempo veo la necesidad de dirigirme más específicamente al cuerpo ministerial. Y veo también la necesidad de que en la próxima y última presentación quienes no participaron de esta no se sientan excluidos o excluidas.

Vayamos entonces al otro lado de la moneda, es decir, a las razones por las que digo que esta presentación se me hace más fácil. Hay ante todo una razón fundamental, y es que el pasaje bíblico de Efesios 4.15-16 es precisamente el texto sobre el cual he estado meditando no solamente para esta presentación en particular, sino para todo el tema de la convención.

Pero en cierto modo lo que más me facilita esta presentación son precisamente las dos cosas que me la hacen más difícil. Si, por un lado, digo que se me hace difícil hablar acerca de la

unidad porque acabamos de pasar una hora discutiendo el amor, por otro lado también me parece que esta discusión de la unidad nos ayudará a ver la relación entre el amor y la unidad, y así a entender mejor tanto el uno como la otra. Y si digo que el hecho de que esta presentación se dirige específicamente al cuerpo ministerial dificulta mi tarea, también tengo que decir que me la facilita, porque como historiador me dará oportunidad para explorar la función que tuvo el cuerpo ministerial en la iglesia antigua respecto a su unidad, y algo de lo que eso puede significar para nuestra situación de hoy.

Empecemos entonces por ver cómo se justifica hablar por una parte de un crecimiento en amor y por otra de un crecimiento en unidad como dos temas diferentes. Decíamos esta mañana que el verdadero amor no requiere ser correspondido. El amor de Dios permanece para siempre, aun cuando le rechazamos. Ciertamente, el amor de Dios le lleva a desear que hagamos ciertas cosas o no hagamos otras, y a desear que le amemos en respuesta a su amor. Pero si no le amamos, Dios nos sigue amando de igual manera que si le amásemos. Y por eso decíamos también que el amor cristiano, a imitación del amor de Dios, no ha de depender de la respuesta que reciba, ya sea positiva o negativa.

En esto radica una de las diferencias principales entre el amor y la unidad. El amor no requiere estar de acuerdo ni que lo que se haga lleve una dirección común. El amor busca el acuerdo, pero permanece aun en medio del desacuerdo. El amor cristiano no se puede limitar a otros creyentes, ni a los más santos y dedicados, ni a los demás cristianos, sino que tiene que incluir a

toda esta creación que es objeto del amor de Dios. En términos concretos, esto quiere decir que el amor no requiere unidad, que el verdadero amor permanece aun en medio de los desacuerdos y las disensiones.

En cierto modo, la unidad tampoco requiere del amor. En el mundo secular lo vemos constantemente. Los líderes de un partido político se presentan como uno en oposición del otro partido, pero frecuentemente entre ellos mismos se detestan mutuamente. Quienes trabajan para una gran corporación buscan hacerlo en unidad en el sentido de llevar adelante los propósitos de esa corporación y aumentar sus ganancias. Pero para eso no tienen que amarse. Lo que es más, frecuentemente al tiempo que todos trabajan unidos por la misma corporación hay quienes buscan la manera de estorbar a los demás para adelantarse por encima de ellos. Luego, bien puede haber cierta medida de unidad, pero no hay amor.

Esta es la gran diferencia entre la unidad de una corporación, de un club social o de un partido político, y la unidad a que nos referimos aquí. Esas otras unidades pueden existir sin amor. Pero la unidad de la iglesia tiene que fundamentarse en el amor.

Es por eso que me llama tanto la atención el pasaje de Efesios 4 que es la base de nuestras reflexiones. Como ya he dicho, es significativo el hecho de que el pasaje empieza hablando del amor en el versículo 15 y luego al final del 16 termina también refiriéndose al amor.

Vayamos entonces al tema de la unidad, y específicamente de la unidad cristiana. Sobre esto lo primero que hay que decir es que aunque frecuentemente hablamos de buscar la unidad y de la unidad que necesitamos, la verdadera unidad de la iglesia no está en nuestras manos ni depende de nuestras acciones y actitudes. Nos guste o no, lo sepamos o no, lo sintamos o no, nos amemos mutuamente o no, la iglesia es una.

En el Nuevo Testamento hay dos imágenes fundamentales que se emplean para referirse a la iglesia. Una de ellas es la de la iglesia como cuerpo de Cristo, y la otra es la de la iglesia como esposa de Cristo. Cristo no tiene más que un cuerpo. El cuerpo de Cristo no es una serie de cuerpecitos andando cada cual por su camino. El cuerpo de Cristo incluye a todas las personas que por fe y obra del Espíritu Santo se injertan en él y vienen a ser sus miembros. Y, como escuché decir hace años a un amigo pastor bautista en Buenos Aires, si la iglesia es la esposa de Cristo, tenemos que recordar que Cristo tiene una esposa, y no un harén.

Esa iglesia que es la esposa de Cristo y su cuerpo es una, no por sus acciones o por sus sentimientos, sino por la gracia de Dios quien por obra del Espíritu Santo nos injerta o nos une al cuerpo de Cristo y nos hace miembros de él. Naturalmente, es decir que la iglesia es una no significa que en otro sentido no haya también múltiples iglesias. Eso lo vemos ya en el Nuevo Testamento, donde Pablo se refiere en algunas ocasiones a “las iglesias”, y en otras a “la iglesia” en términos tales que no cabe duda que se refiere a la totalidad de la iglesia universal.

En otras palabras, en el sentido estricto la unidad cristiana no es un propósito que nos hacemos ni un plan que desarrollamos. En el sentido estricto la unidad cristiana es promesa de Dios. Por tanto, la veamos o no, creamos en ella o no, somos uno en Cristo. La unidad cristiana es una promesa escatológica, un anuncio de lo que ha de ser por obra de Dios. Lo que aquí hacemos nosotros ahora en busca de la unidad cristiana, no es en realidad crear esa unidad, que ya existe y se manifestará más plenamente en el día final, sino que es más bien buscar la manera de experimentarla, como un anticipo del gran gozo de ese día. Nuestra tarea no es hacer que la iglesia sea una, sino más bien saber y mostrar que, aun en medio de todas imperfecciones, ya lo es, y que lo que falta es la manifestación plena de lo que Dios ha prometido y nos ofrece gustar ahora mientras esperamos el cumplimiento de esa promesa.

Digo todo esto al principio mismo de esta presentación porque cuando hablamos de buscar la unidad cristiana, o de crecer en unidad, lo que realidad estamos diciendo no es – o no debería ser – que nos toca a nosotros buscar o crear esa unidad, sino que es más bien una manera breve y por tanto poco exacta de decir que estamos buscando ser y manifestar, al menos en parte, lo que un día será y se manifestará.

Con todo eso en mente podemos pasar ahora a hablar en términos más prácticos del crecimiento en la unidad, pero recordando siempre que la verdadera unidad cristiana no es obra nuestra, sino de Dios.

Aunque muchas veces no lo notemos, el tema de la unidad cristiana ha aparecido constantemente a través de la historia de la iglesia. Ha aparecido porque no cabe duda de que el mensaje del evangelio requiere que seamos uno. Y ha aparecido también porque tampoco cabe duda de que los creyentes nunca hemos sido uno. En otras palabras, la unidad de la iglesia es una realidad que está escondida en el seno de Dios, quien por una parte la promete, y por otra la reclama. Dios nos manda ser uno. Nuestro Señor pide que seamos uno. Nuestro Señor promete que seremos uno. Aun en medio de nuestras divisiones, vivimos siempre a la luz de la promesa de que el día vendrá cuando todos seremos uno. En la misma epístola a los Efesios en que aparece el pasaje que es el centro de nuestras reflexiones, aparece también lo que allí se llama “el misterio de la voluntad de Dios que se había propuesto en sí mismo”, que consiste en “reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra” (Efesios 1.10). Buscamos ser uno por muchas razones. Pero una de ellas es que buscamos ser uno ahora porque sabemos que seremos uno entonces. Buscamos la unidad de la iglesia porque Dios la ha prometido, y en el entretanto marchamos por fe, como marchó Abraham en pos de la tierra prometida. No buscar la unidad prometida es perder nuestro norte, perder el camino que nos ha sido señalado. Es como si Abraham dejara de buscar la tierra prometida.

Empero en tiempos más recientes – particularmente en los últimos dos siglos – la unidad de la iglesia ha venido a ser tema urgente por varias razones principales. Una de ellas es que nuestras divisiones han llegado al nivel de ser escandalosas. No tengo que repasar aquí con ustedes esa

increíble diversidad de cuerpos cristianos que compiten entre sí y hasta se odian unos a otros.

Otra es ciertamente el mandato bíblico. Pero lo que trajo el tema a la superficie de la agenda de las iglesias protestantes en los Estados Unidos fue el despertar evangélico que tuvo lugar en ese país hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX. Y un papel semejante jugó tanto en los Estados Unidos como en todo el protestantismo el movimiento misionero que cobró auge en el siglo XIX y llegó a su punto culminante a principios del XX. En cuanto a la importancia de aquel despertar norteamericano para la discusión acerca de la unidad cristiana, no creo tener que decir mucho aquí entre ustedes, puesto que la Iglesia Discípulos de Cristo surgió del contraste que se veía entre la unidad de los avivamientos de aquel entonces y las divisiones entre los creyentes.

Pasemos entonces a la importancia del movimiento misionero. Aunque la iglesia cristiana siempre vivió en medio de cismas, a partir de la Reforma del siglo XVI los cismas se volvieron más numerosos que antes. No era solamente la diferencia que había desde mucho antes entre el cristianismo occidental bajo la dirección de Roma y el oriental bajo la dirección de Rusia y de Constantinopla. Tampoco era solamente la división en el Occidente entre protestantes y católicos. Era también la división entre los protestantes mismos: por un lado los luteranos, por otro los reformados, por otro de los anglicanos, por otro los anabaptistas, etc., etc., etc.

Aquellos cismas, sin embargo, eran algo diferente a las divisiones que tenemos hoy. Todavía casi todos pensaban que una nación o comunidad cualquiera tenía que tener una sola religión. Por eso había países católicos, países luteranos, países reformados, etc. La principal excepción eran

los anabaptistas, quienes por diversas razones pensaban que debía haber una separación entre la iglesia y el estado. Por otra parte, durante los primeros tiempos después de la Reforma, los protestantes prácticamente no se ocuparon del trabajo misionero. Las razones podemos discutirlas más tarde o en otro momento, pero tal fue el caso. Fue durante el siglo XVIII que aparecieron dentro de las antiguas tradiciones protestantes movimientos que a la postre se volvieron iglesias y que tenían intereses misioneros. Tal fue el caso de los moravos en la tradición luterana, y del metodismo en la tradición anglicana. A esto se unió la expansión colonial de las potencias protestantes, que comenzó a cobrar impulso en el siglo XVIII y llegó a su culminación durante el XIX y principios del XX. Pronto no solamente los moravos y los metodistas, sino también los pietistas reformados y luteranos, y luego muchos otros, comenzaron a establecer iglesias donde antes no las había habido.

Fue allí, en lo que se llamaba el “campo misionero”, que el movimiento ecuménico moderno nació. Nació, no como frecuentemente se piensa, por iniciativa de algunos teólogos que siempre habían insistido en la importancia de la unidad cristiana, ni tampoco por decretos o decisiones de los cuerpos gobernantes de las antiguas iglesias europeas, sino que nació más bien de la renovación de los estudios bíblicos y de la necesidad misionera de presentarle un frente unido al pueblo que se buscaba evangelizar. Un hombre luterano en Dinamarca o una mujer calvinista en Escocia sabían por lo menos en términos generales por qué él era luterano y ella calvinista. Pero cuando un misionero, ya fuera luterano o calvinista, buscaba evangelizar a la población de alguna ciudad en la India, la necesidad de explicar las razones por las que no

pertenecía a la iglesia de otro misionero se volvía un estorbo y hasta un escándalo. Por eso con razón se señala como uno de los hitos en el surgimiento del movimiento ecuménico moderno la gran Conferencia Mundial de Misiones que se reunió en Edimburgo, Escocia, en el año 1910. Aquella conferencia dejó mucho que desear, entre otras cosas porque excluyó a la América Latina; pero este no es el momento de discutirlo. Lo que quiero que esté bien claro es que fue de la tarea evangelizadora que surgió el ímpetu hacia la unidad cristiana. Este movimiento hacia la unidad se inspiró en la oración del Señor, “que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn 17.21). Y nótese que en esa oración de Jesús el propósito de la unidad de los cristianos no es para que el mundo crea en ellos, ni para que crea en la iglesia, sino para que crea en el propio Jesús: “para que el mundo crea que tú me enviaste”.

Ese ímpetu llevó a muchas cosas novedosas. Una de ellas que es importante mencionar, ya que estamos aquí en Puerto Rico, fue la fundación, por iniciativa de un conjunto de iglesias puertorriqueñas, de la Iglesia Evangélica Dominicana. Hasta donde sé, en toda la historia de la iglesia este fue el primer intento por parte de un número de iglesias de diversas tradiciones teológicas de unirse para desde el principio fundar una iglesia en conjunto.

Pero la iglesia, como toda comunidad de pecadores, siempre ha tenido la tendencia a preocuparse más por sí misma y por su propia vida interna que por su vocación y misión. De aquella conferencia en Edimburgo surgieron varios movimientos. Los principales de ellos fueron dos. El primero de ellos, que a la postre se llamó “Vida y Obra”, siguió las preocupaciones

misioneras que habían llevado a la conferencia misma. Otro, “Fe y Orden”, se dedicó principalmente a las conversaciones entre cuerpos eclesiásticos acerca de las doctrinas y asuntos de gobierno interno que les separaban unos de otros. Debo decir que yo mismo participé activamente de este último movimiento, que ha contribuido notablemente a la unidad cristiana. Pero también debo decir que ese mismo movimiento frecuentemente nos ha permitido dejar a un lado el origen misional y evangelizador de la búsqueda de unidad. Cuando, hace más de medio siglo, era yo miembro de la Comisión de Fe y Orden del Consejo Mundial de Iglesias, para referirnos a la unidad cristiana y el modo de buscarla usábamos frecuentemente la imagen de una rueda de carretón o de bicicleta, cuyos rayos se acercan más entre sí en la misma medida en que se acercan al centro. Lo que se quería decir con esto, con cierta medida de razón, era que el camino hacia la unidad cristiana es parte del camino que nos lleva a una mayor comunión con Dios y a un mejor entendimiento de su verdad. Pero aquella imagen tenía también una dimensión negativa de que no nos percatamos. Al hablar de una unidad que se obtenía volviéndose hacia el centro se caía fácilmente en la visión de una unidad que se obtenía principalmente preocupándose por la iglesia misma, por su culto, por su fe y sus doctrinas. Naturalmente, el culto, la fe y las doctrinas son de suma importancia. Pero al centrar la atención sobre la iglesia misma surgió la tendencia a pensar acerca de la unidad cristiana como algo que debía hacerse en beneficio de la iglesia, y no como algo que es por una parte un camino hacia la esperanza escatológica y por otra cuestión de misión y vocación.

Volviendo a lo que decíamos antes acerca de la relación entre la unidad y el amor, quizá pudiéramos decir que, en términos generales, la imagen de la unidad que se refiere a una rueda de bicicleta y los rayos que se aproximan mientras más se acercan al centro viene a ser una unidad que se fundamenta en el amor que los creyentes han de tener entre sí, mientras la visión de la unidad que surge de la misión es una unidad que se fundamenta en el amor de la iglesia hacia el mundo en que Dios la ha colocado.

Luego, cuando hablamos de crecer en unidad en realidad queremos decir dos cosas. Queremos decir, por una parte, unirnos más entre nosotros y nosotras, amarnos más, buscar mayor armonía y acuerdo. Eso es de suma importancia. Pero también al hablar de crecer en unidad queremos decir crecer en el desarrollo de una misión conjunta. Queremos decir soñar con el mundo a través de los ojos de Dios; ver el mundo como el amor de Dios lo ve; ver al mundo como Dios desea que sea; y entonces dirigirnos conjuntamente a ese mundo a la luz de esa visión.

Puesto que el mundo que Dios promete – eso que llamamos el reino de Dios o la ciudad de Dios – es un mundo regido por el amor, la paz y la justicia, lo que nos lleva a crecer en unidad en este sentido es unirnos para manifestar el amor buscando paz y justicia.

Naturalmente, podríamos decir mucho sobre esto. Más adelante, si así se desea, podemos discutirlo. Pero me parece que una consecuencia inevitable de esto es que cuando decimos que

“la iglesia no debe meterse en política” frecuentemente lo que queremos decir es que debemos amar a la iglesia antes que a la humanidad; que si los temas referentes a la inmigración son motivo de debate social y político, eso es razón suficiente para no intervenir en la cuestión; que si el acceso a los recursos médicos es motivo de controversias debemos alejarnos de tales discusiones para que la iglesia no pierda su prestigio ni se busque enemigos. Pero al mismo tiempo que es verdad que un ser humano que busca salvar su vida la pierde, también es verdad que una iglesia que busca salvar su vida la pierde. La misión de la iglesia no es defender su prestigio. La misión de la iglesia no es apartarse de las condiciones y los debates en que la humanidad vive. La misión de la iglesia no es salvarse a sí misma. La misión de la iglesia es proclamar el evangelio: proclamarlo invitando a las personas a seguir el camino de Jesús aceptándole por Señor y Salvador, y proclamarlo llamando a la humanidad toda a vivir en el amor, la paz y la justicia que son marcas esenciales de los propósitos eternos de Dios.

Un poco desde lejos he seguido el tema de la participación de las iglesias de Puerto Rico en cuestiones de interés no solamente para esas iglesias, sino también para el pueblo que buscan servir. Me alegro de poder constatar que estas iglesias han avanzado mucho en esa dirección; que su voz se hace oír; que no se dejan llevar por políticas ni ideologías partidistas; que su norte son el amor, la paz y la justicia que esperamos en el reino y que buscamos también hoy. Luego, no creo tener que decir mucho más sobre eso, pues por experiencia propia muchos de quienes están aquí saben más al respecto y tienen más autoridad que yo.

Pero dije al principio que el hecho de que esta fuera una sesión ante el cuerpo pastoral también de alguna manera facilitaría mi presentación, dándome algo diferente que decir. Una realidad que frecuentemente se desconoce, pero que resulta obvia para quienes nos hemos dedicado al estudio de la historia y vida del que se primitiva, es que los pastores de aquella iglesia tenían un papel especial en cuanto al tema que nos ocupa, la unidad cristiana. Esto se veía ante todo en el modo en que se nombraba a esos pastores, por entonces todavía llamados “obispos”. Lo normal era que la congregación eligiera entre sus miembros a una persona que pudiera dirigirla, y les comunicara esa decisión a los obispos de iglesias cercanas. Entonces la persona elegida tenía que preparar una confesión de fe bastante extensa en la que declaraba lo que creía y cómo esto se relacionaría con su ministerio y con su congregación. Si los otros obispos circundantes no veían cuestión alguna que objetar, una delegación de ellos iba a representar a todo el resto de la iglesia en la ordenación del nuevo obispo. En ese solo hecho se ven dos elementos importantes. Por una parte, el candidato al pastor dado tiene que mostrarse capaz de representar a la iglesia toda en la congregación específica que le ha tocado dirigir; y por otra, una vez que se ha decidido esto, la iglesia toda, representada por los obispos presentes en la ordenación del candidato, declara que esta persona verdaderamente la representa. Luego, la unidad se manifestaba concretamente en la forma misma del gobierno de la iglesia. Hasta el día de hoy hay muchas iglesias que siguen un procedimiento parecido, aunque muchas veces no nos detenemos a pensar en las razones por las que lo hacemos y lo que esto significa para la unidad cristiana y para el pastorado de la persona llamada a representar a toda la iglesia universal en medio de la congregación que dirige.

Aquellos obispos, depositarios y representantes de la unidad de la iglesia, buscaban entonces modos en que pudieran a la vez representar y fomentar esa unidad. Uno de los recursos que tenían era la correspondencia. Se mantenían en contacto frecuente unos con otros, a tal punto que buena parte de la literatura antigua que se conserva hasta el día de hoy consiste en cartas de un obispo a otro u otros. Otro recurso que tenían el culto mismo. Al celebrar la comunión, había una lista de otros obispos por quienes se oraba. Esa lista, llamada “díptico”, constantemente le recordaba a la congregación toda que era parte de una realidad mayor representada no ya solamente por su propio obispo, sino también por esos otros a quienes recordaba en oración. En algunos lugares hacían otras cosas interesantes para señalar la unidad de la iglesia. Roma nos presenta ejemplo interesante. Según fue creciendo la comunidad cristiana, se le hizo cada vez más difícil reunirse en un solo lugar. Eso se debía no solamente al tamaño de la comunidad misma, sino también y sobre todo a las distancias dentro de la ciudad. Pronto se fueron fundando en diversos barrios de la ciudad comunidades de fe que, aunque solamente podían reunirse con el resto de la iglesia en ocasiones especiales, seguían considerándose parte de la misma iglesia. Como señal de esto surgió la práctica de lo que llamaban el “fragmentum”: Cuando el obispo de la ciudad celebraba la comunión, los otros pastores o presbíteros que iban a representarle en las comunidades de fe en los barrios más distantes recibían un fragmento del pan de esa comunión para llevarlo a sus propias comunidades y allí hacerlo parte de la comunión que celebrarían. De ese modo le recordaban constantemente a la congregación en su barrio que eran parte de una comunidad mucho más amplia.

Hoy las circunstancias son diferentes. Hoy el problema de la unidad no tiene que ver solamente con el hecho de que hay varias iglesias de la misma denominación en una ciudad, sino más todavía con el hecho de que en esa misma ciudad hay un buen número de iglesias de diversas denominaciones e independientes. Y, si esto es cierto en una ciudad cualquiera, es mucho más cierto cuando tomamos en cuenta la presencia de la iglesia en el mundo entero. Aunque muchos lo han intentado, es imposible hacer una lista completa de todas las denominaciones, concilios e iglesias independientes que existen en el mundo.

En cierto modo, esto quiere decir que una de las funciones de las pastoras y los pastores hoy es recordarle constantemente a su congregación que son parte de una iglesia mucho más amplia, del único cuerpo de Cristo, que incluye multitud de creyentes tanto en la misma ciudad en que viven como en las tierras más lejanas. Frecuentemente se nos hace difícil recordar esto; y más difícil todavía ponerlo por obra. Unas veces las necesidades inmediatas de la misma congregación, y otras las relaciones y requisitos de nuestra propia denominación, toman prioridad, y la existencia de todos esos otros innumerables miembros del cuerpo de Cristo se relega a un trasfondo prácticamente irrelevante. Si nos preguntan, nos acordamos de ellos; si no, es como si no existieran.

Demos por sentado que estamos de acuerdo en que como pastores y pastoras una de nuestras funciones es recordarle constantemente a la parte del rebaño que nos ha sido encomendada que todos somos parte de un gran rebaño, pues no hay más que un solo rebaño y un solo

pastor; que todos somos parte del mismo cuerpo, de tal modo que si la mano se olvida del pie perderemos el equilibrio.

Dando eso por sentado, ¿qué podemos hacer para crecer en unidad, y para que los creyentes que nos han sido encomendados también crezcan en unidad? Hay muchas opciones, pero ya que he dicho algo acerca de lo que se hacía en la antigüedad, me pregunto si no es posible traer al día de hoy algunas de aquellas prácticas. La función que usted tiene como representante de la iglesia toda ante esta parte de ella se puede poner de manifiesto, por ejemplo, asegurándose de que su predicación siga al menos dos parámetros fundamentales: Primero, no decir cosa alguna que usted no diría en presencia del resto del cuerpo de Cristo. Con demasiada frecuencia escucho sermones que serían escandalosos si se predicaran en otros contextos. Escucho, por ejemplo, a un predicador blanco norteamericano hablar de cómo “Dios nos bendijo dándonos estas tierras”. ¿Se atrevería ese predicador a decir lo mismo en medio de una congregación de origen nativo americano? Si no lo diría allí, tampoco debe decirlo aquí. Segundo, siempre que sea posible traer a colación ejemplos referentes a las condiciones de cristianos y cristianas en otros lugares. Ciertamente, mi sermón tiene que ser pertinente al lugar en que estoy. Pero posiblemente esa misma pertinencia se aumente si al tiempo que muestro lo que el pasaje bíblico significa en este contexto les recuerdo a quienes me escuchan que hay millares de otros creyentes que lo escuchan en otro contexto.

Otro elemento en el culto que podemos emplear a semejanza de aquellos dípticos de la antigüedad es la oración de intercesión u oración pastoral que frecuentemente ocupa un lugar importante en nuestros servicios. La amplitud de nuestras oraciones le dará a la congregación un atisbo de la amplitud de la iglesia a que pertenece. Me imagino que allá en tiempos antiguos, cuando una congregación en Antioquía escuchaba al obispo dirigirla en oración por los obispos e iglesias en Roma, en el norte de África, en España y en las Galias, entendería que no celebraba la comunión solamente ella por su propia cuenta, sino en relación y comunión con todas esas otras iglesias y todos esos otros creyentes en lugares tanto cercanos como lejanos. Ciertamente se oraba por los enfermos de la iglesia, por las cuestiones candentes del lugar en que esa iglesia estaba, y – como ya he dicho – hasta por el emperador que perseguía a la iglesia. Pero también se oraba por el resto de la iglesia. Hoy muchas de nuestras oraciones de intercesión u oraciones pastorales se limitan a nuestros enfermos, nuestras preocupaciones, nuestras alegrías y nuestros sueños.

AETH

Algo semejante puede decirse de nuestra música, cánticos y alabanzas. La iglesia universal ha producido y sigue produciendo una enorme variedad de himnos y cánticos en los que congregaciones de diversas culturas expresan su fe. Desentendernos por completo de esa variedad, y pensar que basta con cantar la música que nos gusta a nosotros y nuestra congregación es empobrecer la riqueza del culto cristiano. No olvidemos que el culto cristiano es anticipo del gran culto celestial que describe Juan en el Apocalipsis, en el que una gran multitud que nadie puede contar, de todo pueblo, lengua, tribu y nación elevan himnos de

alabanza ante el trono celestial.

En resumen, un modo en que podemos crecer en unidad con toda la iglesia de Jesucristo es asegurarnos de que en todo nuestro culto se sienta la presencia de la iglesia universal. De igual manera que en la antigüedad eran los obispos quienes representaban ante su congregación a esa iglesia universal, hoy nos corresponde a los pastores y pastoras hacer lo mismo en nuestras congregaciones. (De paso, puedo decir que esto se relaciona estrechamente con el principio del sacerdocio universal de los creyentes, que los protestantes hemos afirmado con tanto vigor, pero que en realidad no hemos entendido debidamente. Si tuviéramos tiempo, o si a alguien le interesa saber más durante el período de nuestra conversación tras esta presentación, con gusto podemos tratar sobre eso.)

Pero antes decía que no me parece satisfactoria la imagen de la rueda de bicicleta y los rayos que se aproximan entre sí según se acercan al centro. Hay otra dimensión de la unidad cristiana que mencioné al principio y que es de carácter fundamental. Se trata de la unidad que nos viene, no porque nos conozcamos unos a otros, ni porque desarrollemos dentro de la iglesia oportunidades para conocernos mejor, sino que viene más bien porque tenemos un mismo llamado y en la misma misión. La unidad de la iglesia se manifiesta no solamente cuando, como dice el salmo es bueno y agradable estar los hermanos y hermanas juntos en alegría, sino también cuando esos hermanos y hermanas participan de una misma misión en el mundo en que Dios les ha colocado. Lo que aconteció en los últimos siglos, que la búsqueda de la unidad

de la iglesia surgió principalmente del movimiento misionero, sigue sucediendo en nuestros días. La unidad de la iglesia en Puerto Rico no se manifiesta y se acrecienta solamente en nuestras reuniones ecuménicas o en nuestras organizaciones interdenominacionales, sino también en nuestra misión común. Prueba de ello es lo que aconteció en torno a los bombardeos en Vieques, y también lo que tuvo lugar en torno a los desastres producidos por el huracán María. Y ahora con los terremotos. En casos como esos, la unidad no vino porque nos sentáramos a conversar acerca de la unidad cristiana, sino que vino cuando los creyentes y las iglesias respondieron a situaciones candentes y urgentes. Los cristianos se unieron, no porque pensarán que la unidad era buena, o porque se hubieran puesto de acuerdo en una serie de cuestiones teológicas y doctrinales, sino porque vieron una necesidad, se lanzaron a responder a ella, y casi sin darse cuenta crecieron en unidad. Casi me atrevo a sugerir, volviendo a la imagen de la ya mentada rueda de bicicleta, que la unidad cristiana crece, no solamente según los rayos se van acercando al centro, sino también según la rueda misma gira la bicicleta toda avanza. Cuando eso sucede, aunque los rayos siguen teniendo su función y le dan solidez a la rueda, la distinción entre ellos va desapareciendo, y todos vienen a ser uno gracias al movimiento de avance de la rueda misma. Cuando esta rueda que es la iglesia marcha hacia la misión que Dios le ha dado, ya sea en una alejada aldea de la India, o ya en Vieques, o ya en la frontera entre México y los Estados Unidos, en su mismo rodar manifiesta ya la unidad. (Y aquí conviene detenernos por un momento para señalar que la tarea evangelizadora bien entendida es parte de la misión. Pero si la tarea evangelizadora nos lleva a divisiones en lugar de unión, ya no es parte de la misión, y por tanto no será tampoco la clase de evangelización que nos

corresponde hacer. La evangelización es el anuncio del plan de Dios para la consumación final, que es plan de unidad. Luego, cuando la evangelización se vuelve cuestión de competencia entre distintas iglesias o cuerpos eclesiásticos, ya no es evangelización, sino proselitismo. Nuestro propósito al evangelizar no es que las personas vengan a nuestra iglesia particular, sino que vengan a Jesucristo y que se unan a su cuerpo, que es la iglesia en todas sus muchas manifestaciones. Hoy confundimos las dos cosas. Por eso frecuentemente vemos que se anuncia el gran éxito evangelizador de una iglesia porque en ella se congregan miles de personas, cuando la verdad es que esas personas pertenecían ya a alguna otra iglesia y por alguna razón esta les ha parecido más atractiva. En tal caso posiblemente se les esté prestando un servicio importante a estas personas. ¡Pero no lo llamemos evangelización! Y si en el proceso mismo de esa supuesta evangelización lo que surge es una competencia entre iglesias por tener más miembros, mejores edificios, música más atractiva o presupuestos mayores, por mucho que nos cueste decirlo, eso no es parte de la misión a que se nos ha llamado, que es misión de unión.)

Todo esto quiere decir que parte de la tarea del liderazgo pastoral es asegurarnos de que la misión en que dirigimos y hacia la que llamamos al rebaño a nuestro cargo es una misión de unión, una misión que anuncia el propósito último de Dios, de unir a todas las cosas en Cristo como bajo una sola cabeza.

Naturalmente, es por esto que es tan importante que el liderato pastoral se reúna periódica y repetidamente, y es por eso que estamos aquí. Es en estas reuniones que compartimos nuestra visión de la misión y nos unimos para llevarla a cabo en unidad.

Pero no olvidemos la visión de unidad que le dio origen a esta misma denominación, y que en ese sentido ha marcado pauta para tantas otras. Cuando hablamos de crecer en unidad no nos referimos únicamente a crecer en unidad dentro del cuerpo ministerial de una denominación particular. Eso es importante, fundamental y necesario; pero no basta. No basta, porque la iglesia de Jesucristo está presente en nuestros medios de muchas maneras diferentes, y tenemos que reconocer y apoyar lo que el Espíritu está haciendo en todos esos ámbitos.

Si volvemos a lo que decíamos hace un rato, en el sentido de que en la iglesia antigua los obispos o pastores eran el vínculo de unión con el resto de la iglesia, me parece que parte de la tarea inescapable de una pastora o un pastor de la iglesia de Jesucristo es servir de vínculo de manera que el rebaño que le ha sido encargado reconozca que es parte de un rebaño mayor y busque modos de trabajar con él. En la vida cotidiana, nuestros miembros interactúan con miembros de muchas otras congregaciones y tradiciones cristianas. Se entremezclan con ellos en las escuelas, en el trabajo, en el mercado, y donde quiera que sea. En buena medida, es en esos diversos contextos que tienen que llevar a cabo la misión que les ha sido encomendada. Y tienen que llevarla a cabo, no como miembros de una congregación o de una denominación particular, sino como miembros del único cuerpo del único Señor Jesucristo. Si eso es lo que

esperamos de tales miembros, tenemos que darles ejemplo trabajando también nosotros y nosotras con otros pastores y pastoras y líderes de otras denominaciones o tradiciones, para junto a ellos determinar lo que Dios requiere hoy de la iglesia toda.

Todo esto me lleva a unas consideraciones finales acerca del tema que se nos ha propuesto, “crezcamos en unidad”. Crecer en unidad implica conocerse mejor entre el liderato pastoral de una denominación particular. Implica buscar los modos para que haya más unidad entre ese liderato. Pero la visión cristiana de la unidad se fundamenta, no en nuestros sentimientos, ni siquiera en nuestras relaciones mutuas, sino en el hecho de que servimos a un solo Señor, creador de todas las cosas, en quien todas las cosas encontrarán su propósito final. No buscamos ser uno. Ya somos uno. Lo que buscamos es vivir más a plenitud lo que ya somos. Pablo lo diría de otra manera. Nos diría que en virtud de nuestro bautismo estamos muertos, y pertenecemos a otra vida. Esa vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo nuestra vida se manifieste, entonces también nosotras y nosotros seremos manifestados con él en gloria. Pero en el entretanto, Pablo llama a los Colosenses y nos llama hoy a quienes aquí estamos a vivir como si ya fuéramos lo que hemos de ser.

La segunda consideración final es que recordemos el ejemplo que di antes del grano de maíz que crece en la tierra. Decir que el maíz crece en la tierra no quiere decir que se vuelve más tierra, sino que absorbe de la tierra lo que le permite crecer. Esto nos lleva a señalar que crecer en unidad no es solamente unirnos más. Ciertamente eso es de enorme importancia, y no

quiero descartarlo ni dejarlo de lado por un momento. Pero crecer en unidad también quiere decir crecer dentro de un contexto de unidad, como el maíz crece en el contexto de la tierra; nutrirnos de la unidad, como el maíz se nutre de la tierra. La unidad entonces no es solamente la meta hacia la que vamos, ni es solamente una realidad escondida que tenemos que manifestar. Ciertamente son esas dos cosas. Pero es también el elemento en que vivimos y del cual nos nutrimos, como el maíz vive y se nutre de la tierra. La unidad no es una opción, sino que es tan importante para la vida de la iglesia como lo es la tierra para la planta de maíz.

Para terminar, volvamos al pasaje señalado para esta tarde, que nos recuerda la relación inquebrantable entre la unidad y el amor. Notemos que al principio y al fin del pasaje se encuentra el amor. Y notemos también que es por razón de ese amor, y gracias a la relación entre todos los miembros del cuerpo, que hay un verdadero crecimiento: “Siguiendo la verdad *en amor*, crezcamos *en todo* en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien *todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí* por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, *recibe su crecimiento* para ir edificándose *en amor*”.

Que ese amor que se manifiesta en unidad nos guarde, nos una, y nos dé el crecimiento de un cuerpo sano, bien concertado y unido entre sí.